

Gabriela y su reino submarino

Byron Quiñónez

Ilustración: Aileen Arango



Índice

I	La pesca	7
II	La niña del mar	23
III	Las cavernas submarinas	33
IV	El pueblo perdido de Nisheira	47
V	La gran ballena sagrada	55
VI	El regreso	69

La pesca

La lluvia caía fuerte sobre el mar agitado. Las olas formaban cordilleras de agua que al chocar contra la orilla dejaban un reguero de espuma, conchas y caracoles que relucían en la oscuridad.

Cada vez que una ola se estrellaba contra la orilla, los cangrejos corrían a ocultarse bajo la arena.

El viento soplaba con gran ímpetu, sacudía las palmeras y mezclaba la lluvia con gotas de agua de mar.

Los relámpagos nacían allá, mar adentro. Su luz iluminaba las olas y, en vez de hundirse, caminaban sobre el

agua como si danzaran al ritmo de cada estruendo.

Algunos relámpagos cambiaban de rumbo y, en vez de perderse en el horizonte, se dirigían a la playa. Su resplandor intermitente iluminaba la fila de casitas de madera con techo de palma

8



que daban al mar y delimitaban el pueblito de San Martín.

Cuando se les terminaba la carretera de agua, los relámpagos interrumpían su recorrido: no avanzaban más allá de la orilla y se hundían en las aguas del Caribe.



La noche estaba como para ir a la cama y no salir hasta el otro día. Sin embargo, frente a la puerta de un ranchito bastante alejado de los demás, con adornos colgantes hechos con hilo de nailon y conchitas multicolores, Marcos alistaba sus redes para salir a pescar.

A Marcos no le importaba la lluvia. Tampoco le preocupaba que el mar estuviera agitado ni que este tuviera un fuerte oleaje. De hecho, siempre pescaba de noche. Y cuando llovía, la pesca era siempre mejor.

Así le había enseñado su padre y así había pescado su abuelo: de noche y, de preferencia, con lluvia.

—¡Apúrate, Gabriela! ¡Ya tenemos que irnos! —gritó Marcos frente a la puerta.

Desde adentro una voccecita angelical le respondió que ya iba. Unos pasos menudos resonaron en el piso de cemento y salió Gabriela, su única hija.

Gabriela era una niña de nueve años, muy bonita, con el pelo arreglado en trenzas de color café, casi dorado. Sus grandes ojos acaramelados iluminaban su hermoso rostro y su frente era igual de redondita que la de Cristina, su cariñosa madre.

—¿Ya estás lista? —preguntó Marcos a su hija.

—¡Sí, papá! ¡Vamos! —respondió ella con una sonrisa.

Cristina salió a despedirlos y a desearles buen viaje. Era una mujer muy hermosa, joven y fuerte. Sus trenzas, mucho más largas que las de su hija,

le llegaban a media espalda. Sus ojos grandes, bellos y bondadosos eran iguales a los de Gabriela.

Su esposo, Marcos, la amaba. Siempre habían sido una pareja feliz, pero con el nacimiento de Gabriela habían alcanzado la dicha total. No tenían mucho dinero, pero tampoco lo necesitaban. Con lo que les daba la naturaleza les bastaba para vivir bien.

—¡Cuídense mucho! ¡Que tengan buena pesca! —les deseó Cristina.

—¡Gracias, mamá! —respondió la niña.

Y mientras Cristina los observaba sonriente desde la puerta de su casa, Gabriela y Marcos empujaron la canoa de madera hacia el agua. La embarcación aquella no era muy grande: apenas

había espacio para dos personas y el producto de la pesca.

Cuando la canoa por fin entró en el agua, Gabriela saltó a su interior, y Marcos la siguió empujando unos metros más. Cuando el agua le llegó hasta el pecho, el pescador dejó de empujar y se encaramó a la canoa de un salto.

13

Gabriela se sentó en la proa y, mientras Marcos empezaba a remar, levantó la mano y le dijo adiós a su mamá. Desde la orilla Cristina le respondió de igual forma.

Mientras se alejaban de la playa, Gabriela podía ver a lo lejos la fila de casitas apenas iluminadas por los relámpagos y sonrió confiada. La superficie del agua se agitaba con violencia y la pequeña embarcación subía y bajaba



como carrito de montaña rusa, pero ella no sentía miedo.

Amaba el mar.

Cuando por fin dejaron atrás las filas de olas que reventaban contra la orilla, las aguas del mar se calmaron un poco. Gabriela suspiró tranquila y su papá siguió remando hasta donde la playa no era más que un recuerdo. Entonces, Marcos colocó el remo en el piso de la embarcación y empezó a preparar sus redes.

En esos momentos dejó de llover y el silencio del mar abierto los envolvió como una cobija de paz. Era una bella noche: después de la tormenta, el cielo se despejó, la Luna se asomó por entre las nubes y el mundo entero se pintó de azul oscuro.

—¿Todo está bien? —preguntó el pescador.

—Sí, papá. Todo bien —respondió Gabriela.

16 Tenían que apresurarse a lanzar la red, o los peces buscarían otras aguas y el viaje hasta allí habría sido en balde.

—Rápido, antes de que se vayan —aconsejó Marcos.

Y justo en el momento en que Marcos levantaba su atarraya del piso, él y Gabriela escucharon una serie de chapoteos a la distancia. Voltearon a ver en dirección del sonido y se dieron cuenta de que se trataba de un enorme banco de peces que avanzaba rápidamente hacia ellos.

Los peces nadaban tan al ras de la superficie que algunos parecían volar

sobre el agua y sus escamas brillaban como arcoíris bajo la luz de la Luna.

Eran tantos que fácilmente habrían llenado cinco redes como la de Marcos. Pero nuestros amigos no podían perder tiempo: no tardarían en llegar las gaviotas, los pelícanos, las barracudas y los delfines, y ellos se quedarían sin nada que pescar.

Y efectivamente, Gabriela señaló un grupo de aves marinas que se acercaban volando desde la costa.

—Con llenar mi atarraya me conformo. Hay peces para todos —le dijo Marcos a su hijita.

El banco de peces ya estaba muy cerca. Marcos se paró en la proa, tomó impulso y lanzó la red al agua. Pero en ese preciso momento una ola movió la em-

barcación. La atarraya perdió impulso y no terminó de extenderse antes de tocar el agua. Una esquina se enredó y la red empezó a hundirse.

—¡Oh no! ¡Vamos a perder la pesca!
—se lamentó Marcos.

18

—¡Yo lo arreglo! —gritó Gabriela.

Y antes de que su padre pudiera reaccionar, la niña se lanzó al agua.

La niña nadaba tan bien como un pez. Había aprendido a nadar antes que a caminar y podía pasar mucho tiempo bajo el agua sin tener que respirar.

Dio unas cuantas brazadas bajo el agua y alcanzó la red. Se esmeró en desenredarla, pues los peces ya estaban muy cerca. Poco a poco el nudo que se había formado en la red empezó a ceder y Gabriela terminó de extenderla.

Instantes después, la avalancha de peces la envolvió sin golpearla y muchísimos quedaron atrapados en la red. Y mientras los peces atrapados luchaban por liberarse, los demás pasaban de largo junto a Gabriela, perseguidos por otros peces más grandes.

19

Gabriela nadó hacia la superficie. Cuando sacó la cabeza del agua, Marcos la saludó sonriente y con los pulgares hacia arriba.

La pesca había sido un éxito.

Un poco más allá, las gaviotas y los pelícanos le habían salido al encuentro al banco de peces y se lanzaban al agua en picada para capturar alguno. Por cada gaviota que se sumergía, un pelícano salía del agua con un pez retorciéndose en su pico.

El festín había empezado.

Gabriela estaba feliz: con la pesca de aquella noche tendrían para comer varios días y podrían vender el resto en el mercado de San Martín.



Y mientras Marcos jalaba la red repleta de peces para subirla a su embarcación, Gabriela sintió que alguien tocaba su hombro. Intrigada, volteó a ver pensando que algún pez había chocado contra ella.

21

